

# LA REIVINDICACIÓN DEL HUMANISMO EN LA LITERATURA EUROPEA DEL HOLOCAUSTO

ASUNCIÓN ESCRIBANO

## 1. INTRODUCCIÓN

Las reflexiones que siguen a continuación parten del planteamiento hecho por Sloterdijk al “revisar” la *Carta sobre el humanismo* de Heidegger en donde se afirma: “¿Para qué volver a ensalzar al hombre y a su autorrepresentación ejemplar filosófica en el humanismo como la solución, si precisamente en la catástrofe presente se ha demostrado que el propio hombre, con todos sus sistemas de autosobreelevación y autoexplicación metafísica, es el verdadero problema?”<sup>1</sup> Así se manifestó en Auschwitz que, como metonimia del horror que asoló al pueblo judío, supone claramente el fracaso del sueño ilustrado y de los viejos humanismos, el fracaso de la cultura occidental<sup>2</sup>. Lo cierto es que los grandes principios que defendían la libertad del hombre, y que constituyeron el motor de buena parte de la creatividad europea, manifestaron a lo largo del pasado siglo XX su enorme fragilidad. El siglo en el que se ha logrado la implantación y toma de conciencia ampliamente extendida de conceptos como los de los derechos humanos, la democracia, la ecología... ha sido también el más tentado por totalitarismos de todo tipo. Esta proliferación de ideologías nefastas representa el fracaso de los ideales ilustrados en los que asentaron sus esperanzas los siglos XVIII y XIX con su aspiración de democracia y libertad expresada en la declaración de derechos humanos<sup>3</sup>.

Por ello, el escaso resquicio de rebelión que les queda a las víctimas durante el encierro se manifestará en el pensamiento y, después de su liberación, en la palabra<sup>4</sup>, que adquiere en los distintos escritores las diferentes tonalidades de la propia vivencia. Esta es la razón de que no resulte extraño que el reconocimiento a la libertad de palabra y de creencias fuera uno de los pilares sobre los que se sustentara la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*. Conscientes de las vejaciones a las que habían sido sometidos los distintos pueblos en materia de lenguaje, los padres de esta declaración lo recogen como uno de los objetivos básicos sobre el que apoyar el resto de artículos. No en vano, es ésta una cuestión recurrente a la que una y otra vez vuelvan los supervivientes. Sin sus palabras, la humanidad no hubiera podido saber-creer el alcance de la inhumanidad a que el régimen nazi sometió a los que consideraba razas o individuos inferiores.

## 2. EL LENGUAJE COMO REFUGIO DE LA MEMORIA

---

<sup>1</sup> SLOTERDIJK, P., *Normas para el parque humano. Una respuesta a la Carta sobre el humanismo de Heidegger*, Madrid, Siruela, 2001, p. 40.

<sup>2</sup> MÈLICH, J. C., *La ausencia de testimonio*, Barcelona, Anthropos, 2001, p. 60.

<sup>3</sup> TAFALLA, M., “¿Es posible narrar el totalitarismo?”, en IBÁÑEZ FANÉS, J., y RODRÍGUEZ TOUS J.A., (eds.), *Espíritus sin reino. Éticas de la Memoria en la Cultura contemporánea*, ER. Revista de filosofía, nº 33, Sevilla/Barcelona, 2004.

<sup>4</sup> Para un estudio más profundo del uso de la palabra en el Holocausto, véase ESCRIBANO, A., “Las sílabas del desamparo”, *Pliegos de Yuste. Revista de Cultura y Pensamiento europeos*, 4, 2005, II, pp. 35-49.

De hecho, esta consideración fundamental del lenguaje se reflejará después del Holocausto de dos maneras: una analítica y otra testimonial; una que intenta explicar, y otra que busca urgentemente contar, y así se ha manifestado en los dos cauces por los que la palabra ha dado fe de lo que ocurrió en Europa en la primera mitad del s. XX: el ensayo y el relato. El primero se transforma en un cauce por el que discurren el análisis y la búsqueda de sentido a lo ocurrido. El segundo, en vía o espacio de catarsis para los supervivientes que experimentaron en su propia carne la experiencia y tras años necesitaron vomitarla para poder seguir viviendo; a la vez que de recordatorio y aviso de lo que Joan Margarit<sup>5</sup> ha descrito en forma poética: “Esta Europa bárbara,/ la Europa del museo y de la música,/ posee un alma oscura: debemos vigilarla”.

La memoria constituye un imperativo moral<sup>6</sup> que debe ser analizada permanentemente, tanto desde un punto de vista filosófico e histórico para evitar su repetición, como desde una perspectiva ética para plantearse la falta de sentido del sufrimiento humano. También en las víctimas constituye una forma de salvación tras sobrevivir al sinsentido. Después de veinte siglos, la catástrofe del exterminio judío renueva entre los supervivientes la necesidad del mandato bíblico del recuerdo, que reposa en este caso en un cambio fundamental: se transfiere del ámbito religioso al profano<sup>7</sup>. Tras la liberación, la historia personal de cada víctima necesita expresarse en forma de relato que perpetúe la memoria, para poder seguir adelante con la vida propia<sup>8</sup>.

Sin embargo, muchos de los narradores no pudieron sobrevivir a su narración. Uno de los textos más impactantes de las vivencias relatadas por los escritores que sufrieron los campos de exterminio es, sin duda, la novela de Elie Wiesel *La noche*. La memoria en él se presenta como una obsesión que convierte su vida en una persecución. El escritor rumano confiesa, en un texto perfecto desde el punto de vista técnico de la retórica literaria, pero estremecedor desde la perspectiva de la razón de ser de lo que concebimos como Humanismo, lo siguiente:

Jamás olvidaré esa noche, esa primera noche en el campo que hizo de mi vida una larga noche bajo siete vueltas de llave. Jamás olvidaré esa humareda. Jamás olvidaré las caritas de los chicos que vi convertirse en volutas bajo un nudo azul. Jamás olvidaré esas llamas que consumieron para siempre mi Fe. Jamás olvidaré ese silencio nocturno que me quitó para siempre las ganas de vivir. Jamás olvidaré esos instantes que asesinaron a mi Dios y a mi alma, y a mis sueños que adquirieron el rostro del desierto. Jamás lo olvidaré, aunque me condenaran a vivir tanto como Dios. Jamás<sup>9</sup>.

Sin embargo, la memoria también fue para muchos de ellos un modo de supervivencia espiritual de cada uno de los caídos durante el proceso. También para los que escriben, una forma de expiación de la culpa que constituye el hecho de subsistir. El testimonio será así, en numerosos casos, una forma de justificación de su existencia. Sienten que deben contar la historia no en su nombre, sino en el de los otros. La memoria se vuelve así una forma de obligación con los que se quedaron en el camino, los que cayeron obligan a los supervivientes a relatar las historias de las que han sido testigos. Por ello, como una letanía, Primo Lévi escribirá en su obra *Si esto es un hombre*, implorando a sus lectores: Os encomiendo estas

---

<sup>5</sup> *El primer frío*, Madrid, Visor, 2004, p. 349.

<sup>6</sup> METZ, J. B., *Por una cultura de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 1999, p. 181.

<sup>7</sup> CUESTA BUSTILLO, J., “La memoria del horror, después de la II guerra mundial”, en CUESTA BUSTILLO, J., (ed.), “Memoria e historia”, número monográfico de *Ayer*, 32, 1998, p. 83.

<sup>8</sup> En este sentido escribe Jorge Semprún: “Cual cáncer luminoso, el relato que me arrancaba de la memoria, trozo a trozo, frase a frase, me devoraba la vida [...] Sólo un suicidio podría rubricar, concluir voluntariamente esta tarea de luto inacabada: interminable”, en *La escritura o la vida*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1995, p. 221.

<sup>9</sup> WIESEL, E., *La noche*, Barcelona, El Aleph, 2002, pp. 50-51.

palabras./ Grabadlas en vuestros corazones/ al estar en casa, al ir por la calle,/ al acostaros, al levantaros;/ repetídselas a vuestros hijos./ O que vuestra casa se derrumbe,/ la enfermedad os imposibilite,/ vuestros descendientes os vuelvan el rostro<sup>10</sup>.

¡Qué diferente misión para la Lengua que aquella que le hubiera sido encomendada siglos atrás por la primera generación de humanistas! Sin embargo, ahora lo sabemos con certeza, los avatares de la Historia habrían de enseñar a las generaciones futuras que la oscuridad medieval no era lo más peligroso para el hombre. Efectivamente, tras las luces de la modernidad retornarían nuevas tinieblas que nos guiarían hasta la crítica constatación de Sloterdijk de que “la cuestión del humanismo es de mucho mayor alcance que la bucólica suposición de que leer educa”<sup>11</sup>.

Desde la otra cara del idioma, durante el Holocausto la palabra se convierte en manos de los verdugos en el mejor modo de manipulación, en antifaz para encubrir pensamientos y hechos, en “la elocuencia del diablo”<sup>12</sup>. Los maestros del engaño lingüístico se han hecho fuertes durante las dictaduras de todo tipo. Pero seguramente nunca con tanta insistente y voluntaria tozudez como durante el nazismo. La “Lingua Tertii Imperii” (LTI), o la lengua del Tercer Reich es un ejemplo paradigmático del deseo prepotente del nazismo de intentar someter los espacios sagrados en los que el hombre se hace a sí mismo a la única voluntad del poder. La diferencia entre oratoria y retórica se establece en función de aquella realidad al servicio de la que ambas disciplinas o actitudes son utilizadas. Los pueblos románicos proclives a apreciar al orador, distinguen de forma clara entre lo oratorio y lo retórico. Orador lo asimilan al hombre honesto que busca convencer mediante la palabra, y que empleando la claridad se dirige tanto a los afectos como a la razón. Por el contrario, para lo sospechosamente “declamatorio” se utiliza sin embargo el término de “retórico”. El retor, como lo era ya en la escuela sofística, busca la persuasión sin que ésta se asocie a la verdad<sup>13</sup>.

Es en esta definición donde encaja perfectamente la estrategia argumentativa del nazismo, empezando por el propio Hitler, que, incluso en su mejor momento, reflejaba inseguridad, acallando a sus ponentes a gritos. Analizándolo detenidamente podemos observar cómo el régimen se introduce en la carne y en la sangre del pueblo a través del lenguaje en sus múltiples niveles: léxico, morfológico, sintáctico..., hasta conseguir neutralizar de forma mecánica e inconsciente cualquier posible voluntad de crítica mediante la repetición de mensajes. El lenguaje busca de esta manera dirigir las emociones tanto más cuanto mayor es la inconsciencia en su uso. El modelo a partir del que queda fijado el lenguaje es, en este caso, *Mi lucha*, “la Biblia del nacionalsocialismo” que fue dominando y adueñándose de todos los ámbitos públicos y privados a través de numerosos tópicos que empobrecieron el pensamiento y el propio idioma, pero que crearon un sistema de control y de dominio absoluto mediante una ley que buscaba narcotizar la personalidad de todos los individuos, convertidos, de esta manera, en fanáticos. El nazismo se fue adueñando de las palabras hasta contaminarlas y envenenarlas por la ideología dominante, y conseguir, como consecuencia, que dijieran el discurso unánime del poder.

Como ejemplo de esta política estudiada y consciente, en los últimos años del Tercer Reich, siguiendo un modelo propagandístico orientado a unificar el discurso dominante en el país, se leía desde la radio berlinesa el artículo de Goebbels, para fijar en las mentes lo que se reforzaba desde los periódicos la semana siguiente. Durante el exterminio se experimentó esa capacidad del lenguaje para transformar la realidad. Éste es, sin duda, para muchos escritores

---

<sup>10</sup> *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik Editores, 2005, p. 13-14.

<sup>11</sup> SLOTERDIJK, P., *Normas para el parque humano. Una respuesta a la Carta sobre el humanismo de Heidegger*, op. cit., p. 35.

<sup>12</sup> ARENDT, H., “L’élouquence du diable”, *Auschwitz et Jérusalem*, París, Deuxtens Tuerce, 1997, p. 33-34.

<sup>13</sup> KLEMPERER, V., *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, Editorial Minúscula, 2001, pp. 82-83.

uno de los episodios más terribles del nazismo, puesto que la lengua cotidiana, contagiada de ideología, se convirtió en algo sumamente peligroso<sup>14</sup>.

El fracaso de la lengua supone mucho más de lo que parece y, nuevamente, nos evoca cierta melancolía respecto de las pretensiones iniciales del Humanismo. Es, sobre todo, un reflejo más del fracaso de la cultura, de la pérdida de la fe en la racionalidad científica que había cimentado la totalidad del pensamiento europeo desde el siglo XVI hasta el XX, aunque de un modo especialmente incisivo desde finales del siglo XVIII. Las variaciones lingüísticas a que nos hemos referido sirven sobre todo para legitimar determinadas actuaciones políticas y militares. Entre ellas, por ejemplo, el cambio operado por los dirigentes nazis sobre el término militar “receptor de órdenes” que pasará a ser “portavoz de órdenes” para indicar y resaltar la importancia que descansaba sobre aquellos cuya función era la de ejecutar las órdenes de otros<sup>15</sup>. La propia denominación de las SS, abreviatura que encubre la expresión *schutztaffel* la cual, no exenta de un gran cinismo, expresa *protección o salvaguarda*.

En este sentido, existían en el partido nazi unas estrictas normas lingüísticas por las que se evitaba en los documentos la alusión directa a términos como “exterminio”, “liquidación” o “matanza”. Estas palabras eran sustituidas por expresiones eufemísticas como “solución final”, “evacuación” o “tratamiento especial”<sup>16</sup>, entre otras.<sup>17</sup> Aunque, ninguna de estas normas orientadas hacia la ocultación de la realidad tuvo un resultado tan contundente como el primer decreto dictado por Hitler durante la guerra, en el que se hablaba, en lugar de “asesinato”, de “el derecho a una muerte sin dolor”<sup>18</sup>. En este contexto, como vemos, el eufemismo es un recurso frecuente cuando se quiere justificar lo injustificable: expresiones como “solución final”, “campos de concentración”, o “limpieza étnica”, así como las denominaciones de las dos operaciones de deportación sucesivas bautizadas con nombres en clave poética: *Meerschäum* y *Frühlingswind*, ‘espuma de mar’ y ‘viento de primavera’ respectivamente<sup>19</sup>.

La lengua alemana, que había rozado lo supremo en el aliento de sus románticos, fue entonces reducida a la vejación de quienes quisieron ponerla al servicio del desierto y del abismo. En Alemania se asistió a la muerte de la lengua de Lutero, Schiller, Kleist o Heine y la lengua de la mejor literatura derivó a un bramido compasado por un millón de gargantas y botas implacables<sup>20</sup>. Todo el utillaje metafórico y lírico que había sido utilizado por los grandes escritores que hicieron de esta nación la cumbre de la cultura, ahora se pone al servicio de la descripción de los más bajos instintos, manchándose a partir de ese momento con la realidad que representa. “¿Cómo podría recuperar –afirma Steiner– un significado sano la palabra *spritzen* después de haber significado para millones el “chorrear” de la sangre judía que brota del lugar de las cuchilladas?”<sup>21</sup>.

---

<sup>14</sup> KERTÉSZ, I., *Un instante de silencio en el paredón. El Holocausto como cultura*, Barcelona, Herder, 2002, p. 16.

<sup>15</sup> Relatado por Hannah Arendt en su obra *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, Debolsillo, 2004, p. 48.

<sup>16</sup> “Los bien conocidos eufemismos –escribe Primo Levi– (“solución final”, “tratamiento especial”, la misma palabra “Einsatzkommando” recién citada, que significa literalmente, “Unidad de emergencia” pero que enmascaraba una realidad espantosa) no servían sólo para engañar a las víctimas y evitar sus reacciones defensivas: servían también, hasta donde era posible, para impedir que la opinión pública, y las mismas guarniciones de las fuerzas armadas que no estaban implicadas llegasen a saber lo que estaba sucediendo en todos los territorios ocupados por el Tercer Reich”. *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik editores, 2000, p. 28.

<sup>17</sup> *Eichmann en Jerusalén*, ob. cit., pp. 126-127.

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 160-161.

<sup>19</sup> SEMPRÚN, J., *La escritura o la vida*, ob. cit., p. 50.

<sup>20</sup> STEINER, G., *Lenguaje y silencio*, Barcelona, Gedisa, 1994, p. 138.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 138.

Este lenguaje del poder impuesto por las instancias gobernantes, conscientes de que aquél que domina el lenguaje domina el mundo (pues quien controla las palabras controla las herramientas mentales que organizan la formulación de normas, clasificaciones, nomenclaturas, percepciones e interpretaciones, que a su vez inducen modelos de acción, estrategias y políticas<sup>22</sup>), va a ejercer su primer dominio sobre este espacio mental y lo va a hacer construyendo una nueva realidad hecha sobre todo de palabras. Un lenguaje total, que se introduce sin oposición en la conciencia del individuo con la ayuda de la dinámica bien dosificada de la violencia y el terror, y lo expulsa poco a poco de allí, lo expulsa de su propia vida interior.<sup>23</sup> Un lenguaje, en definitiva, que seguirá funcionando sin inmutarse, ajeno al sufrimiento de aquellos que lo hablaban, y que posteriormente al Holocausto estructurará un imposible discurso con el lenguaje anterior a éste, como si no se hubiese dejado afectar por el suceso del dolor por antonomasia, “como si siguiera vigente la cosmovisión humanística del siglo XIX, rota en un único instante histórico por la barbarie inconcebible”<sup>24</sup>.

Consciente de la violación permanente de todos los principios del Humanismo durante la guerra, y de que para lograr la paz universal es necesario el progreso hacia la conquista de la dignidad del hombre, de su libertad y de su fraternidad, la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 10 de diciembre de 1948, aprobó y proclamó la Declaración Universal de Derechos Humanos, pidiendo a todos los Países Miembros que fuera distribuida, leída y comentada en las escuelas y otros establecimientos de enseñanza y otras instancias educativas; y pidiendo su reconocimiento y aplicación universales y efectivos, tanto entre los pueblos de los estados miembros como entre los de los territorios colocados bajo su jurisdicción. Surgió así, una vez más, una nueva iniciativa, en esta ocasión con carácter internacional y amparada jurídicamente por Naciones Unidas, de volver a las fuentes del Humanismo. Haciendo caso del célebre adagio clásico según el cual *verba volant, scripta manent* cristalizaba de este modo en la citada declaración todo aquello que se deseaba borrar de la historia futura de la humanidad.

En su preámbulo se recogen las ideas principales que después se articularán desarrolladas a través de treinta artículos. En ellos se reivindican todos los derechos que han sido violados durante el proceso de persecución y exterminio de los judíos. Entre ellos se alude a la libertad, la justicia y la paz en el mundo, a la dignidad intrínseca y a los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana; a la libertad de palabra y de creencias; a la protección de los derechos humanos por un régimen de Derecho; al desarrollo de relaciones amistosas entre las naciones; a la dignidad y al valor de la persona humana y a la igualdad entre hombres y mujeres; al progreso social; y finalmente, al respeto universal y efectivo de los derechos y libertades fundamentales del hombre.

En realidad se puede hacer una triple división que integre de manera unitaria todos los derechos humanos, separados en tres dimensiones: la social, vinculada al reconocimiento del hombre como ser que vive en sociedad y por tanto como persona protegida por una serie de derechos que todo estado debe garantizar. La violación de este conjunto de principios aparece reflejada en estas páginas mediante el encabezamiento titulado “Violación de la fraternidad”. En segunda instancia, se considera al ser humano como persona física, poseedora de una serie de derechos vinculados a su cuerpo. Este aspecto trata, por tanto, de “La violación del derecho a la vida”, entendiendo la vida de una forma amplia y genérica que incluye dimensiones varias que van desde la tortura física hasta el asesinato en las cámaras de gas. Finalmente, un tercer apartado incluye todo lo que tiene que ver en materia de derechos inalienables con los aspectos psicológicos y morales, con la dignidad que se le supone a todo

---

<sup>22</sup> MATTELART, A., “La guerra de las palabras”, *Le Monde Diplomatique*, año XI, nº 142 (2007), p. 25.

<sup>23</sup> KERTÉSZ, I., *La lengua exiliada*, Madrid, Taurus, 2006, p. 92.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 94.

hombre por el hecho de serlo. Sin duda, este tercer apartado, denominado “La violación de la dignidad humana”, siendo graves todos, es el más doloroso para las propias víctimas porque supone una conciencia en el empleo de la maldad humana que implica, inevitablemente, cuestionar la cualidad de lo humano en los verdugos. La violación de todos y cada uno de estos aspectos aparece reflejada en las narraciones de las víctimas supervivientes del Holocausto.

### 3. LA VIOLACIÓN DE LA FRATERNIDAD

La fraternidad es una conquista de la conciencia a la que la humanidad todavía no ha llegado más que parcialmente. No existe ley alguna que pueda obligar a los hombres a estimar a sus congéneres y a hacer de quienes están más próximos a nosotros en la evolución de la especie nuestros hermanos más allá de la mera consanguinidad. Se trata de un planteamiento que únicamente lo ha formulado de un modo tan rotundo como explícito el Cristianismo<sup>25</sup> y, de manera más tibia, también en cierta medida algunas otras religiones. Por lo tanto, recogerlo como una prescripción en un código de derechos humanos, sólo habla de su permanente transgresión a lo largo de la historia. La alusión a la vinculación sagrada que vincula a los hombres, que como dice el preámbulo de la *Declaración* pertenecen a la familia humana, se ha hecho después de que de forma continuada Caín haya matado a Abel una y otra vez a lo largo del tiempo. La Historia nos ha demostrado que el tema de la raza (principalmente, pues no es el único aunque quizás sí el más notable) es una excusa para la separación permanente y una justificación para la muerte de aquellos a los que no soportamos.

Aunque no con la pureza antes mencionada del Cristianismo, una cierta idea de la fraternidad había circulado a través de Europa a comienzos de la Edad Moderna, demostrando, pese a su cierto carácter elitista, que los diferentes pueblos europeos podían vivir hermanados en su cultura y sus costumbres<sup>26</sup>. Sin embargo, que los franceses ya la incluyeran entre los principios enarbolados en las jornadas que siguieron a la revolución de 1789 significa, no obstante, que en Europa ya se tenía conciencia de que algo funcionaba mal respecto a esta idea. No en vano, los acontecimientos del tempestuoso siglo XIX asistirían a un continuo ahogamiento de la fraternidad entre las oleadas de la ideología nacionalista.

Nuevamente nos encontramos con que la mayor violación de la idea universal de fraternidad se llevó a cabo en el siglo XX con la bacanal de odio y violencia que constituyó el Holocausto. De aquí que no resulte extraño escuchar a las víctimas del Holocausto preguntarse cómo era posible que se quemara a hombres, a niños, y que el mundo callara<sup>27</sup>. Algo a lo que ellos mismos se contestan con una acerada evidencia: “¿La humanidad? La humanidad no se interesa por nosotros. Actualmente todo está permitido. Todo es posible, hasta los hornos crematorios...”<sup>28</sup>. Hoy ya se sabe que al menos una cuarta parte de la población estaba al tanto del asesinato de los judíos, ya que se podía fácilmente asistir a las reagrupaciones para su deportación y, además, a través de la prensa, era posible asistir igualmente a las subastas de las propiedades que se les habían expropiado<sup>29</sup>.

---

<sup>25</sup> RATZINGER, J., *La fraternidad de los cristianos*, Salamanca, Sígueme, 2005.

<sup>26</sup> “La fraternidad fue un fenómeno que abarcó a toda Europa antes de que la revolución se encargara de incorporarla a la cultura nacional de Francia”, ha escrito en este sentido Robert DARNTON, *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 330.

<sup>27</sup> WIESEL, E., *La Noche*, op. cit., p. 49.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 49.

<sup>29</sup> BANKIER, D. y GUTMAN, I. (eds.), *La Europa nazi y la Solución Final*, Madrid, Losada, 2005, p. 14.

Ningún alemán, ni siquiera los nazis más fanáticos, mostró entusiasmo por los campos de la muerte. Pero sin embargo sí que hubo satisfacción, debido a la crisis económica consecuencia de la gran depresión de los años 30, por los campos de concentración; y ello sin percibir lo fácil que era la transición de uno a otro<sup>30</sup>. No obstante, dentro del movimiento nacionalsocialista existía una corriente intelectual que consideraba la matanza, eufemísticamente denominada como “reducción demográfica”, justificada desde un punto de vista económico, puesto que la teoría de la “capacidad óptima de población” permitía asegurar así la supervivencia de los alemanes. No extraña, por tanto, que el economista alemán del Instituto para el Trabajo, Helmut Meinhold, determinara en 1941 que existía un excedente de 5,83 millones de polacos, lo que llevaba a un “desgaste real del capital”<sup>31</sup>.

El concepto de humanidad (y el de fraternidad en su seno) queda, por lo tanto, difuminado para todos aquellos que sufrieron durante el Holocausto las consecuencias del silencio. Quizá sean los niños quienes menos son capaces de entender la situación. Sin duda alguna, en gran medida, ellos son las mayores víctimas, porque no pueden dotar de sentido a una experiencia que desde los primeros momentos carece de él. Éstos perciben con claridad el rechazo sin entender el porqué. Así le ocurre a Annamária, una de las protagonistas que pueblan la novela autobiográfica de Kertész, *Sin destino*, que al percibir que las personas ya no la trataban como antes, se siente sorprendida y muy dolida por percibir que la desprecian simplemente por ser judía, algo que genera en ella, a la vez, orgullo y vergüenza<sup>32</sup>. Ese clima de hostilidad creciente va rodeando a los perseguidos con suficiente rapidez como para que no dispongan de tiempo para asimilarlo. Sólo los más lúcidos perciben desde el principio la gravedad del asunto y sus consecuencias. De aquí que los pensadores posteriores al genocidio, invadidos por el sentimiento de culpa que hizo presa en el mundo entero cuando se dieron a conocer en su totalidad los sucesos experimentados por el pueblo judío, y conscientes de la impasibilidad social con la que se habían permitido, se cuestionen si es posible seguir pensando, ya que Auschwitz demuestra que la cultura puede ser convertida fácilmente en barbarie<sup>33</sup>. En este mismo sentido, hay que preguntarse si las humanidades, el saber y la cultura son capaces de hacernos realmente humanos o, por el contrario, constituyen una barrera frágil y vulnerable ante la barbarie<sup>34</sup>.

En este mismo contexto de una fraternidad rota a pedazos, también la culpa se instalará como forma de vida en los propios judíos que sobrevivieron, a la vez que como una importante manifestación, a posteriori, de la fraternidad que pereció durante la guerra. Algunos –los menos– se volcarán en la palabra o la escritura como terapia para convivir con la culpa que les atenaza (por no haber podido, sabido o incluso sido capaces de salvar a los muertos, e incluso por el mero hecho de haber sobrevivido). Uno de estos, el psicólogo Viktor E. Frankl, asumirá durante el encierro la palabra como tabla de salvación para no caer en el pozo negro del sinsentido, haciendo uso de ella, después, para limpiar los residuos de la enfermedad colectiva de la alambrada de púas, que se agazapa escondida en cada vivencia almacenada, impidiendo llevar una existencia normal. Sin embargo, en la mayoría de los supervivientes, la búsqueda de sentido al sufrimiento no encontrará una forma definitiva que permita la reconciliación, por lo que no sorprende tras leer sus obras, la cantidad de suicidios que se produjeron entre ellos a lo largo de los años posteriores a la liberación. En este sentido, resultan reveladoras las palabras tanto de Victor Frankl como de Primo Levi, en las

---

<sup>30</sup> REES, L., *Auschwitz. Los nazis y la “solución final”*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 39.

<sup>31</sup> GÖTZ, A. y HEIM, S., *Architects of Annihilation. Auschwitz and the Logic of Destruction*, London, Weindenfeld & Nicholson, 2002, pp. 63-64.

<sup>32</sup> KERTÉSZ, I., *Sin destino*, Barcelona, El Acantilado, 2003, p. 40.

<sup>33</sup> MATAMORO, B., “Pensar después de Auschwitz”, *Letras Libres*, noviembre, 2003, p. 52.

<sup>34</sup> BÁRCENA, F., *La esfinge muda. El aprendizaje del dolor después de Auschwitz*, Barcelona, Anthropos, 2001, p. 18.

que ambos coinciden en afirmar que se salvaron los peores, los egoístas, los violentos, los insensibles, los colaboradores de “la zona gris”, los espías<sup>35</sup>, los que perdieron antes sus escrúpulos, y que los mejores no regresaron<sup>36</sup>.

Es así como, de un modo inevitable, desde la culpa por el silencio social y la falta de solidaridad del resto de la humanidad, se llega a la conciencia posterior de la obligación de evitar repetir lo que ya ha sido y ha quedado grabado en la historia para siempre. A partir de aquí sólo la ética personal y la educación podrán impedir que vuelva a ser lo que nunca debió ser. “Después del dolor de Auschwitz [...] –ha escrito Fernando Bárcena– sólo podemos educar o pensar la educación desde el aprendizaje del dolor y desde la experiencia –que literal y metafóricamente nos abre la lectura– de la interpretación y de la comprensión de lo que otros tienen que contarnos<sup>37</sup>”. De este modo, a la pregunta inicial de Adorno sobre la posibilidad y el sentido de la poesía tras el Holocausto, a la que se añade después el planteamiento sobre la razón-necesidad del pensar, ha de sumarse la obligada cuestión sobre la educación. ¿Se puede “educar” después de la Barbarie? Más aún, puesto que la educación de nuestro tiempo ha dejado al margen la reflexión sobre el mal, ¿cómo educar después de Auschwitz?<sup>38</sup>. En definitiva, se trata de que no se conozca simplemente la cronología de la historia sino, sobre todo, que se reflexione sobre ésta en tanto que acontecer que afecta a cada hombre. Habría, por lo tanto, que educar en un lenguaje que vaya más allá de lo signico y entre como “huella” en el terreno de la responsabilidad<sup>39</sup>. El texto pasa a ser, de este modo, un cauce necesario de reflexión ética. El testimonio es enlace escrito de una meditación que se extenderá así, dilatadamente, a lo largo del tiempo.

Ante Auschwitz uno no puede evitar preguntarse por la utilidad moral del conocimiento<sup>40</sup>. Cuando éste se produce sin contacto con el hombre de carne y hueso, acaba siendo una forma más de dominación de unos hombres sobre otros, y el signo de Caín retorna desde su origen en la noche de los tiempos emergiendo como el instinto animal que nunca fue definitivamente extirpado. El verdadero cambio tiene que tener al hombre como fin. Sin ese horizonte, sin esa capacidad de ponerse en la piel del otro y de dejarse interpelar por su desnudez y su debilidad desprotegida e indefensa<sup>41</sup>, jamás volveremos a ver aflorar los principios del Humanismo que un día hicieron creer a los europeos que comenzaba una nueva era que alejaría de ellos la guerra y la destrucción irracional. El desarrollo cultural y racional que no esté imbuido de compasión sólo facilitará el avance de los mecanismos que nos permitirán destruirnos como especie.

Quizá por ello, cada vez va cobrando más fuerza una corriente de pensamiento que acude a la memoria como base de la educación para evitar que las pavesas del presente cubran con su densidad el pasado. Para conseguirlo, probablemente sea necesario incluir la

---

<sup>35</sup> LEVI, P., *Los hundidos y los salvados*, ob. cit., pp. 71-72. Aquí insiste el escritor: “Lo repito, no somos nosotros, los sobrevivientes, los verdaderos testigos [...] son ellos, los “musulmanes”, los hundidos, los verdaderos testigos.”

<sup>36</sup> FRANKL, V., *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Círculo de lectores, 1998, p. 18.

<sup>37</sup> *La esfinge muda*, ob. cit., p. 55.

<sup>38</sup> MÉLICH, *Totalitarismo y fecundidad. La filosofía frente a Auschwitz*, Barcelona, Anthropos, 1998, p. 55.

<sup>39</sup> En este sentido, el profesor Mélich afirma que “el lenguaje como huella, es la respuesta radical a un acontecimiento que ha roto la historia, mi tiempo, y ha instaurado *el tiempo del Otro*. El Otro, absolutamente exterior, está próximo hasta llegar a la obsesión. No hay certeza para con el Otro, sino responsabilidad, antes de toda confianza y de toda certeza.” Ob. cit., p. 81.

<sup>40</sup> Recientemente llamaba la atención el escritor Laurence Rees que “en la reunión donde se decretó la solución final había quince personas y ocho de ellas eran doctores universitarios, varios en Derecho.” *El País*, 17-3-05, p. 34. Por su parte, Steiner escribe que “un hombre puede leer a Goethe o a Rilke por la noche, que puede tocar a Bach o a Schubert, e ir por la mañana a su trabajo en Auschwitz.” *Lenguaje y silencio*, op. cit., p. 16. Sobre la gestación de la “solución final”, véase el detallado libro de Mark Roseman, *La villa, el lago, la reunión. La conferencia de Wannsee y “la solución final”*. Barcelona, RBA, 2002.

<sup>41</sup> LEVINAS, E., *Entre nosotros*, Valencia, Pre-textos, 1993, p. 266.



quiebra de la fraternidad que se produjo con el Holocausto como uno de los mojones permanentes de la reflexión ética, puesto que los campos de exterminio no hablan de la historia ya pasada, sino que están diciéndonos que lo que ha ocurrido ya una vez puede, fácilmente, volver a ocurrir. “Si los europeos atienden su historia, –ha escrito el historiador de la cultura Robert Darnton– encontrarán terrenos para defender los derechos humanos” pues, como concluye este autor no es que la historia ofrezca lecciones, sino más bien muestra cómo el proceso civilizatorio ha comportado una lucha en contra de la barbarie<sup>42</sup>.

La Historia nos enseña, igualmente, cómo el hombre se sostiene siempre en un inestable equilibrio sobre el hilo que separa la civilización de la barbarie, y la solución a este dilema tendrá que sumar, inevitablemente, la educación a la ética. Con ello se podrá evitar la repetición de la vergonzante denuncia de Kertész, cuando escribe que Auschwitz no es más que la exarcebación de las mismas virtudes para las cuales nos educan desde la infancia<sup>43</sup>. No en vano, es sabido que el veneno llevaba ya circulando por las venas de Europa desde hacía tiempo, inserto en las instancias pedagógicas y culturales en las que se asentaba la sociedad. En gran medida, la educación impartida a los niños en Alemania favoreció el silencio cómplice y permitió el genocidio, puesto que se les enseñaba desde pequeños a respetar y obedecer ciegamente a las autoridades<sup>44</sup>. También esta nueva educación es la misión de un lenguaje que deberá tornarse ético en presencia del otro<sup>45</sup>. Aun décadas después de haber ocurrido, ante el Holocausto no es posible callar de forma definitiva, porque si nos quedamos mudos “Auschwitz” habrá ganado la batalla póstuma<sup>46</sup>.

#### 4. LA VIOLACIÓN DEL DERECHO A LA VIDA

Posiblemente todo el mundo pueda estar de acuerdo en que el derecho a la vida es el más básico de todos los derechos posibles y en que, asimismo, podría considerarse que engloba a muchos otros: la libertad y la seguridad física, la ausencia de tortura... Sin embargo, a esta consideración habría que añadir también que, aun siendo el más fácil de justificar y articular teóricamente, es, sin duda alguna, el más complicado de llevarse a cabo de manera práctica y eficaz. Esto es así porque su violación no sólo puede ejecutarse de manera activa, sino, sobre todo, de forma pasiva, permitiendo que existan las condiciones sociales que deriven en la muerte de las personas. Los campos de concentración son, en este sentido, no sólo lugares de asesinato programado en las cámaras de gas, sino también espacios de lento desgaste físico de las víctimas, mediante torturas ideadas a la perfección por los asesinos, que atentan contra todas las maneras de necesidad física y vital del hombre, especialmente mediante el hambre y la sed.

En agosto de 1944 –escribe Primo Levi–, en Auschwitz hacía mucho calor. Un viento tórrido, tropical, levantaba nubes de polvo de los edificios destrozados por los bombardeos aéreos, nos secaba el sudor sobre la piel y nos espesaba la sangre en las venas. A mi escuadra la habían enviado a una cantina a remover los escombros y todos sufríamos de sed: un sufrimiento nuevo que acrecentaba, y aun multiplicaba, el ya viejo del hombre. Ni en el campo ni en la cantina había agua potable; en aquellos días faltaba muchas veces el agua de los lavabos, que no podía beberse

---

<sup>42</sup> DARNTON, R., *El coloquio de los lectores*, ob. cit., p. 335.

<sup>43</sup> *Kaddish por el hijo no nacido*, Barcelona, El Acantilado, 2001, p. 137. En el mismo sentido afirmó hace unos años el teólogo Johannes Baptist Metz que antes de que fueran enviados a las cámaras de gas, los judíos ya habían sido arrojados fuera de esa unidad metafísica y jurídica que es el pensamiento de la igualdad de los hombres. En *Por una cultura de la memoria*, ob. cit., p. 68.

<sup>44</sup> LEVI, P., *Entrevistas y conversaciones*, Barcelona, Península, 1998, p. 98.

<sup>45</sup> “Si hay lenguaje ético es porque existe el otro” escribe el profesor Joan-Carles Mèlich. En *Totalitarismo y fecundidad.*, ob. cit., p. 16.

<sup>46</sup> MÈLICH, J.-C., *La lección de Auschwitz*, Barcelona, Herder, 2004, p. 138. También añade acertadamente este autor que “una lengua que no pueda combatir la barbarie se convertirá en cómplice de ella”, p. 111.

pero con la cual uno podía refrescarse y quitarse el polvo. Normalmente, para satisfacer la sed bastaba el potaje de la noche y el sucedáneo de café que se distribuía hacia las diez de la mañana; ahora no eran suficientes y la sed nos mataba. Es más imperiosa que el hambre: el hambre obedece a los nervios, otorga descanso, puede ser temporalmente ocultada por alguna emoción, un dolor, un temor (nos habíamos apercebido de ellos en el viaje desde Italia); pero no la sed, que no da tregua. El hambre extenua, la sed vuelve loco<sup>47</sup>.

Desde el momento inicial, con la creación de los guetos, aparece la privación de la libertad individual. Es ésta la primera forma de esclavitud que precede a la deportación. Así lo manifiesta Elie Wiesel, quien narra detalladamente en *La Noche*, el proceso psicológico, con el que los oficiales alemanes van sometiendo a los judíos, que va generando la asfixia lenta y paulatina de su libertad. Estos últimos, como un mecanismo de supervivencia, se imaginan que cada paso dado es el último y por ello intentan adaptarse a él, sobreviviendo en el proceso con su mejor rostro.

Poco a poco –narra este escritor, tras la creación de dos guetos en Sighet– la vida volvió a ser normal. Las alambradas que, como una muralla, nos cercaban, no nos inspiraban reales temores. Hasta nos sentíamos bastante bien: estábamos todos juntos. Una pequeña república judía... Se creó un consejo judío, una policía judía, una oficina de ayuda social, un comité de trabajo, un departamento de higiene, todo un aparato de gobierno. Todos estaban maravillados. Ya no íbamos a tener ante nuestros ojos miradas hostiles, miradas cargadas de odio. No más temor, no más angustias. Viviríamos entre judíos, entre hermanos...<sup>48</sup>.

Ante esto, el aspecto más básico de la vida, la seguridad física, es también una utopía en los campos de exterminio. El cuerpo es más que nunca cuerpo y con su presencia anula cualquier otra presencia de carácter intelectual. En este sentido, se ha escrito que una sesión de tortura en el búnker bastará para quebrantar la fe juvenil en la lógica como vehículo de conocimiento, y abismar al hombre que la sufre en un solipsismo extremo por haber sido reducido a un haz de sensaciones dolorosas<sup>49</sup>. No en vano, todo este universo doliente de violaciones del cuerpo y del espíritu va a ser recogido y registrado por los torturadores mediante el desarrollo perfecto de una maquinaria burocrática que recogerá al detalle todos los asesinatos en informes e imágenes. Así lo narra George Steiner refiriendo las humillaciones a que fueron sometidos los rabinos, obligados a limpiar con la lengua las letrinas, mientras los estenógrafos –mujeres filólogas conocedoras a la perfección de la literatura alemana– iban tomando nota, como también lo hacían cuando los torturaban, del gemido del dolor, con el idioma aprendido en los versos más bellos<sup>50</sup>.

Pero antes ya del proceso que concluyó con la denominada por los verdugos “solución final”, se habían decretado leyes que legitimaban el asesinato desde un punto de vista judicial. En 1939 el Führer promulga un decreto en el que se permitía que los médicos seleccionaran pacientes con deficiencias o enfermedades incurables y practicasen con ellos lo que los nazis habían denominado “programa de eutanasia para adultos”<sup>51</sup>. Este era, por supuesto, sólo un primer paso de ensayo de lo que vendría a continuación y se haría extensivo a todo el pueblo hebreo y a otros colectivos considerados por los nazis como enfermos. En 1941, la campaña de “eutanasia” se fue extendiendo a los campos de concentración y en Auschwitz se comenzó la operación de asesinatos usando el potente insecticida Zyklon B<sup>52</sup>.

<sup>47</sup> *Los hundidos y los salvados*, ob. cit., pp. 68-69.

<sup>48</sup> *La Noche*, ob. cit., p. 25.

<sup>49</sup> AMÉRY, J., *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*, Valencia, Pre-Textos, 2004, p. 13.

<sup>50</sup> *Lenguaje y silencio*, Barcelona, Gedisa, 1994, pp. 133-143.

<sup>51</sup> REES, L., *Auschwitz. Los nazis y la “solución final”*, ob. cit., pp. 86 y ss.

<sup>52</sup> Sobre la impronta que el término “eutanasia” ha dejado en la sociedad alemana posterior al nazismo, también como una de las consecuencias de lo que podríamos denominar la prostitución del lenguaje, cf. TUGENDHAT,

Como es sabido, en 1942 toda la capacidad tecnológica alemana para la destrucción se pondría en funcionamiento a gran escala en las cámaras de gas de y en los crematorios de los distintos campos de exterminio.

Por otro lado, la muerte en los campos de concentración es como una lotería infinita que nadie sabe cuándo le va a tocar. De nuevo el derecho inherente a la vida y todas las formas de preservar ésta es un lujo que al que no tienen derecho todos. En el Lager se desconocían los catarros y las gripes, pero se moría, sin embargo, de enfermedades totalmente desconocidas por los médicos. Se curaban las úlceras gástricas o las enfermedades mentales, pero se padecía un malestar incesante que envenenaba el sueño y al que los supervivientes no han podido ponerle nombre, ya que consideran que llamarlo “neurosis” es simplista, puesto que estaba más cerca de la percepción espiritual de un universo desierto y vacío, aplastado bajo el espíritu de Dios, y del que el espíritu del hombre estaba ausente<sup>53</sup>.

Los encarcelados en los campos de concentración padecen, de este modo, la dureza de las condiciones físicas y mentales más extremas. Desde dormir en tablones, sometidos al frío, pasando por la ausencia de limpieza y desinfección de las heridas, hasta el hambre o los trabajos forzados sin sentido... Después del shock inicial comienza una fase de apatía infinita que se caracteriza por la presencia intensa, casi real, de los recuerdos de los seres queridos, y que iba embotando la capacidad de emoción ante el dolor ajeno. El paso de concebir el campo de trabajo, Aubeitslager, como un campo de exterminio, Vernichtungslager, es el paso forzado a una ausencia de sentido, sin destino, algo que caracterizará la existencia de los supervivientes que vagarán sin rumbo por la vida después de la liberación.

## 5. LA VIOLACIÓN DE LA DIGNIDAD HUMANA

Por su parte, ni que decir tiene que el derecho a la dignidad de las víctimas, queda totalmente anulado durante el Holocausto. El terror establecido contra los judíos por el pueblo alemán presenta, en esta dirección, una peculiaridad respecto a otros momentos anteriores de opresión y de violencia política, incluso de antisemitismo. Ya que en éstos, una vez que se habían conseguido los objetivos políticos o militares, y eliminado la oposición, se relajaban las condiciones iniciales contra el enemigo. Sin embargo en el caso de la política alemana ejercida contra los judíos bajo el III Reich, ésta se orienta contra todo un pueblo a causa de su condición racial, con lo que no podían eliminarse el origen del conflicto y la aversión. Es por esto por lo que todas las consideraciones recogidas en el artículo segundo de la *Declaración Universal* de los derechos humanos son violentadas a lo largo del cautiverio de los judíos. Desde su entrada inicial en los campos, junto a otros grupos considerados por la ideología nazi como marginales (comunistas, homosexuales, gitanos...) todo responde a la conciencia de la inferioridad de estos grupos respecto a la raza ideal, la aria. Por ello los comportamientos de los kapos alemanes en los barracones responden a esta percepción de superioridad: golpes, numeración, vestimentas,... y la certeza de las víctimas de la pérdida de su cualidad de hombres<sup>54</sup>.

La consideración humana del hombre entonces es un privilegio que queda reservado para los representantes de la raza aria. El lenguaje, que como hemos visto transparenta magníficamente el pensamiento en épocas de dominación, dejó clavada en sus huellas la concepción inhumana que los gobernantes alemanes otorgaban a las razas inferiores. Por ello escuchar denominaciones como las siguientes en palabras de Himler, resulta especialmente

---

E., *Un judío en Alemania. Conferencias y tomas de posición (1978-1991)*, Barcelona, Gedisa, 2008, pp. 137 y ss.

<sup>53</sup> LEVI, P., *Los hundidos y los salvados*, ob. cit., p. 74.

<sup>54</sup> WIESEL, E., *La Noche*, ob. cit., p. 53.

clarificador para todo aquel que se pregunte qué tipo de ideología podía sustentar las terribles matanzas a las que se vieron sometidos los judíos:

Nosotros alemanes, que somos los únicos que tratamos correctamente a los animales, trataremos correctamente a los animales humanos. Pero sería un crimen contra nuestra sangre preocuparse de ellos, darles un ideal que preparase a nuestros hijos y a nuestros nietos tiempos más difíciles<sup>55</sup>.

Esa asociación del judío con el animal, contraria absoluta a la más mínima humanidad, se dejó sentir sobre el lenguaje. Todo pensamiento deja su marca y su señal en el lenguaje con el que se transmite, y así, también el léxico de Hitler empleaba raza con expresiones positivas asociadas al mundo de la ganadería (buena raza, mejorar la raza...) cuando se refería a la raza aria, mientras que cuando designaba con este término a los judíos, la palabra adquiría la orientación de subespecie animal<sup>56</sup>. Fue así como la ideología nacionalsocialista dejó impresa en sus documentos la cosificación y animalización que implicaba el lenguaje. De esa concepción infrahumana del judío deriva la frialdad con la que toda la maquinaria nazi se especializa en las distintas formas de tortura, desde la más puramente física que hace del cuerpo su objetivo, hasta la psicológica que busca la expiación, único elemento que satisface a los señores del campo<sup>57</sup>.

Los campos son así, un lugar de castración de los cerebros libres, un espacio dispuesto al servicio del dolor industrializado, que busca la instauración permanente del miedo y la destrucción de cualquier dignidad. Antes que buscar la liquidación física en los campos de concentración se busca conseguir la metafísica<sup>58</sup>. Los guardas se especializarán en todo tipo de modalidades de tortura psicológica a la que sobrevivirán sólo aquéllos que posean un enorme autocontrol emocional<sup>59</sup>. Es más, también se aprovecharon los verdugos del desarrollo técnico de la imagen. Los propios dirigentes nazis serán los que incluyan como una de sus rutinas burocráticas la reproducción visual de todo cuanto acontece en los campos de exterminio, desde las torturas más simples, hasta el gaseado de las víctimas y la posterior cremación de los cuerpos sin vida. En Auschwitz existían dos laboratorios de fotografía en los que los miembros de las SS revelaban las fotos de ejecuciones y torturas<sup>60</sup> –el propio Rudolf Höss poseía un álbum de imágenes tomadas en el campo<sup>61</sup>– que al acabar la guerra los nazis destruirán casi en su totalidad.

Sin embargo, y a pesar de la dureza de la tortura corporal, todas las víctimas coinciden en que fue peor la psicológica. El cuerpo puede ser anestesiado o reparado, pero no la mente posterior a la tortura. Después de los *Lager*, los supervivientes no podrán enfrentarse al acecho constante de la locura causada por la ausencia de comprensión. Ni siquiera la narración puede reparar dicha fractura, porque el lenguaje ante el abismo sólo puede callar. Además, las palabras no han sido creadas para lo inimaginable, como bien se preguntan unos y otros constantemente. Todos los escritores que estuvieron en los campos de exterminio se

---

<sup>55</sup> POLIAKOV, L., *Auschwitz (Documentos y testimonios del genocidio nazi)*, Barcelona, Orbis, 1987, p. 15.

<sup>56</sup> HAFFNER, S., *Anotaciones sobre Hitler*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, 2002, p. 102.

<sup>57</sup> ROUSSET, D., *El universo concentracionario*, Barcelona, Anthropos, 2004, pp. 65-66.

<sup>58</sup> Editorial “La memoria activa y consciente de Auschwitz implica revelar la raíz y el modo estructural y dinámico de la invención de la condición de inhumanidad social”, en *Anthropos*, 203, 2004, número monográfico dedicado a la “Vigencia y singularidad de Auschwitz. Un acontecimiento histórico que nos da que pensar”, p. 31.

<sup>59</sup> Como ejemplo de la frialdad con la que eran tratados los prisioneros, Josef Felder, parlamentario del Partido Socialdemócrata, uno de los primeros presos de Dachau, narra cómo en un momento de una gran crisis emocional, uno de los carceleros le ofreció una soga y le invitó a que se colgase. Narrado por Laurence Rees en *Auschwitz. Los nazis y la “solución final*, ob. cit., pp. 40-41.

<sup>60</sup> DIDI-HUBERMAN, G., *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*, Barcelona, Paidós, 2004, pp. 45-46.

<sup>61</sup> HILBERG, R., *La destruction des juifs d’Europe*, París, Fayard, 1991, p. 834.

cuestionan de forma casi obsesiva: “¿Pero se puede contar? ¿Podrá contarse alguna vez? [...] ¿Pero puede oírse todo, imaginarse todo? ¿Podrá hacerse alguna vez?”<sup>62</sup>. Todos los artificios narrativos parecen resultar insuficientes o mudos ante la intensidad de una realidad que supera aquello para lo que fue inventado el lenguaje, quizá porque el sufrimiento resiste toda conceptualización lingüística<sup>63</sup>. Con esta conciencia escribía hace un tiempo Semprún que

ya nadie podrá atreverse a describir lo que fueron las enfermerías de los campos, los barracones de inválidos, a intentar hacer comprender, a sugerir al menos, por el recurso de algún artificio narrativo, lo que fue el olor de los hornos crematorios, de aquellas nubes de impalpables cenizas sobre los campos de Polonia y Alemania. Y, sin embargo, no hay recuerdo más emblemático, más profundo, que aquel hedor del crematorio, evanescente, pero imborrable, indescriptible pero singular entre todos los olores posibles o imaginables<sup>64</sup>.

La historia personal, la única y verdadera historia viva y real, dentro de los *Lager* es un ejemplo de la extrema crueldad a la que puede ser sometido el hombre por sus semejantes, hasta convertirlo en un lobo con las fauces dispuestas a devorar al que es víctima igual de la injusticia. Del mismo modo, la división necesaria para la supervivencia psicológica entre el bien y el mal con la que los humanos tendemos a manejarnos en situaciones complejas desaparecía dentro de los campos de concentración. Así, el ingreso en los *Lager* suponía un choque para las víctimas, ya que allí la convivencia no podía reducirse a la división entre víctimas y verdugos, ya que el enemigo estaba alrededor, pero dentro también. Se ingresaba creyendo en la solidaridad de los compañeros, pero éstos, a quienes se consideraba aliados, salvo en casos excepcionales, no eran solidarios. Esta revelación brusca era tan dura que podía derribar de un solo golpe la capacidad de resistencia. Para muchos fue mortal, indirecta y hasta directamente<sup>65</sup>.

La injusticia de los sometidos sobre los inferiores plasma cómo en una situación límite la competitividad entre iguales puede llegar a ser feroz. Y, seguramente, ésa sea una de las mayores responsabilidades que tuvo el nazismo, buscada –sin duda alguna– de forma consciente y voluntaria, para convertir al hombre sólo en una colección de instintos animales, dirigidos a sobrevivir por encima de cualquier compasión o piedad. Nada mejor para resumir la quiebra del Humanismo como este encuentro, enfrentado, de los dos viejos adagios clásicos: *Homo hominis lupus*, por un lado, frente a *Homo sum, nihil humanum alienum est*.

El universo concentracionario, dirigido por reglas propias ajenas al mundo cotidiano hasta entonces, hacía que el ritual del ingreso conllevara el derrumbamiento moral de los nuevos ingresados. De ahí lo habitual que era el que la llegada de nuevos prisioneros no fuera saludada no ya como amigos, sino ni siquiera como semejantes, víctimas de la misma injusticia. Sino que, por el contrario, a la luz de lo ya señalado, los nuevos eran víctimas de hostilidades y agresiones puesto que el ‘nuevo’ (*Zugang*, en alemán, hay que advertir que es un término abstracto, administrativo: significa ‘ingreso’, ‘entrada’) era envidiado porque parecía tener todavía el olor de su casa<sup>66</sup>. Los supervivientes quedarán afectados de tal manera que, posteriormente, recordarán intensamente esta agresión inicial de los iguales. Este choque con la realidad no prevista ni entendida, con la existencia de una nueva clase de individuos, los prisioneros-funcionarios, que se alía con el enemigo para sobrevivir y que en lugar de cogerte la mano, tranquilizarte, enseñarte el camino, se arroja sobre ti dando gritos

---

<sup>62</sup> SEMPRÚN, J., *La escritura o la vida*, op. cit., pp. 20-21.

<sup>63</sup> SANTIÁÑEZ, N., “El pensamiento de lo atroz. El Holocausto y el mal en Hannah Arendt y Emmanuel Levinas”, *Quimera*, n° 238-9, enero (2004), p. 25.

<sup>64</sup> *El País Semanal*, 3-1-05, p. 34.

<sup>65</sup> LEVI, P., *Los hundidos y los salvados*, ob. cit., pp. 33-34.

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 34.

en una lengua que no conoces y te abofetea. Quiere domarte, quiere extinguir en ti la chispa de dignidad que tal vez todavía conserves y que él ha perdido<sup>67</sup>.

Esta zona gris es uno de los reflejos más inquietantes de la inhumanidad que presidía los campos de concentración, a la vez que de la intensa opresión que el propio oprimido es capaz de realizar sobre los que están en peor situación que él. En este sentido, existía una infinita colección de matices psicológicos que motivaban a los prisioneros a colaborar con los nazis<sup>68</sup>. Detrás de esta estructura de poder constituida en los escalones inferiores, pero distanciados entre ellos, las SS buscaban acabar con la dignidad racial de los judíos, consiguiendo que ellos se destruyeran a sí mismos, y demostrar así que eran infrahumanos y que eran capaces de someterse a cualquier humillación, fuera ésta la que fuera. Probablemente el ejemplo más patente de esta actitud se manifiesta en la creación de las “Escuadras Especiales”, formadas en su mayoría por judíos, cuya función era conducir a los hornos a los judíos, y encargarse de todas las fases del proceso.

Existe un unánime reconocimiento inicial de todos los escritores, al narrar los primeros días del proceso de persecución, de la presencia de un clima de tristeza que lo impregna todo, desde el ambiente familiar hasta la vida de los pueblos y ciudades donde se experimentó la persecución. El paisaje exterior choca en muchos casos con el interior y resulta de ello que el lector asiste a una opresión que a duras penas resulta eficaz siquiera para mostrar mínimamente la huella de la angustia que sienten las víctimas.

También en este sentido, la lengua de los presos se convierte en una de las manifestaciones más claras de desigualdad arbitraria. En los campos de concentración, éste será uno de los problemas que va a generar más dolor, ya que los torturados tienen en común su carácter de víctimas, pero no su procedencia lingüística. El uso de la lengua se torna necesario en distintas dimensiones. En primer lugar, se hace obligado para mantener vivo el pensamiento. Si no se encontraba a alguien con el que hablar la misma lengua, se acababa secando la lengua en pocos días, y con ella, el pensamiento<sup>69</sup>. Igualmente la dimensión más práctica de la lengua se torna un modo de sufrimiento infinito al no poder comprender sin ella los aspectos más mínimos de la convivencia, algo que en los campos de concentración decidirá en gran medida la orientación del fiel de la balanza entre la vida y la muerte. Así, por ejemplo, en el terreno de lo inmediato, no se entienden las órdenes y las prohibiciones. La mayor parte de los prisioneros que no conocían el alemán murieron en los primeros diez o quince días después de la llegada: a primera vista de hambre, frío, cansancio, enfermedad. Pero la realidad apunta a que era por falta de información. Si hubiesen podido hablar con los compañeros más antiguos habrían podido orientarse mejor: habrían aprendido a procurarse ropas, calzado, comida ilegal; a descargarse del trabajo más duro y a evitar enfrentamientos con frecuencia mortales con las SS; a sobrellevar sin errores fatales sus inevitables enfermedades<sup>70</sup>.

La percepción del tiempo también resulta distorsionada. La sensación más habitual es que los días resultaban eternos no sólo por la escasez de sueño, sino especialmente por la ausencia de sentido y de acontecimientos. El tiempo y el hambre definían sobre todo la percepción física que se adueñaba del propio cuerpo. Por ello, el proceso de envejecimiento y de cambio físico es muy rápido en el campo, como bien reconocen los supervivientes que afirman que en tres meses se envejecía lo que en la vida normal llevaría cincuenta o sesenta años. A ello contribuía la distorsión temporal a que eran enfrentadas las víctimas. El no saber cuánto duraría su encarcelamiento era algo que jamás podían asimilar, algo que los agotaba y quebrantaba la voluntad más firme... Este hecho convertía, por sí solo, en un tormento su

---

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 36.

<sup>68</sup> *Ibidem*, p. 38.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 81.

<sup>70</sup> *Ibidem*.

vida en el campo de concentración<sup>71</sup>. Todo el valor moral que se le supone a un hombre es relegado al instinto de la supervivencia. El régimen buscaba de este modo, y lo consiguió, reducir a los seres humanos a la animalidad más básica, intentando evitar que tuvieran posibilidad de consideraciones morales.

## 6. CONCLUSIONES

Desde la lectura de una serie de obras publicadas los años anteriores a la barbarie que supone Auschwitz, percibimos que la literatura ya había hecho saltar las señales de alarma. La expresión benjaminiana de “avisadores del fuego” aplicada a él y a autores como Rosenzweig o Kafka por Reyes Mate<sup>72</sup> supone una reflexión anterior al hecho, sobre las condiciones que se estaban dando para que éste ocurriera. En este sentido Enzo Traverso sostiene que los funcionarios de *El Proceso* de Kafka ya aplicaban el criterio de racionalidad que caracteriza a la modernidad técnica, en la que cada funcionario cumple con su obligación que le han impuesto sus superiores que son los responsables de lo ocurrido<sup>73</sup>, algo que después se manifestaría con una frialdad desgarradora en el proceso de Nuremberg. Sin embargo, la obra de los autores posteriores a la tragedia ha demostrado con toda claridad cómo ninguno de los ideales del viejo Humanismo permaneció en pie ante el avance totalitario del Holocausto. Este tipo de sociedad fruto de una tecnificación aberrante, desprovista de los valores éticos del Humanismo, es fácilmente asimilable en muchas cosas a la de nuestro tiempo<sup>74</sup>, y por ello es más que conveniente no dejar en el olvido lo sucedido, asumiendo que desde el presente no puede remediar el pasado, sino que tan sólo queda tomar partido por una postura moral, que incluya la permanente reivindicación de las víctimas y sus derechos. Y, por supuesto, que excluya que aquello vuelva a pasar.

---

<sup>71</sup> HOESS, R., citado por Laurence Rees, *Auschwitz. Los nazis y la “solución final*, ob. cit., p. 40.

<sup>72</sup> MATE, R., “Vigencia y singularidad de Auschwitz”, en *Anthropos*, 203, 2004, número monográfico dedicado a la “Vigencia y singularidad de Auschwitz. Un acontecimiento histórico que nos da que pensar”, p. 43.

<sup>73</sup> TRAVERSO, E., *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder, 2000, p. 58.

<sup>74</sup> Así lo hace BAUMAN, Z., en *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur, 1989.